

Añádase á esto la pobreza suma en que vejetan poblaciones enteras, de que dan aflictivo testimonio esas bandadas de mendigos que asaltan las diligencias y el correo á su paso por ellas.—¿De dónde salen tantos andrajos? ¿A quién no oprime el corazon la vista de aquellas caras hambrientas, arrecidas de frio, degradadas por el duro roce de la miseria? Reliquias odiosas de la barbárie antigua, el hambre, el frio, la vagancia, los malos sentimientos que las necesidades no satisfechas inoculan fatalmente en las almas, se me figuran un verdadero anacronismo en nuestro siglo. Solo como *excepcion* deberian existir en los paises cultos, semejantes á aquellos monstruos que se arrastraban por la tierra informe todavia en la remota época geológica en que el hombre vino á poblarla y posesionarse de ella, y que poco á poco, á fuerza de gigantescas luchas, fueron desapareciendo ante sus primeras conquistas, como un vivo insulto á la civilizacion naciente é incompatibles además con la seguridad del nuevo y noble huésped, hecho á semejanza del Criador. Del propio modo desaparecerán aquellos malditos hijos del averno. Las tinieblas mismas, esa oscuridad de la noche, complaciente encubridora de crímenes, son otro monstruo destinado á refugiarse en los desiertos con las víboras y los lobos. ¿Quién duda que la luz eléctrica las ahuyentará algun dia de nuestras poblaciones?... Tiempo vendrá en que los hombres se maravillen de que otros hombres han vivido por la noche á oscuras y probado ciertas miserias que todavia duran en nuestras sociedades, aun muy imperfectas, á la manera que ya empieza á maravillarnos que hayan viajado en galera y padecido con periódica regularidad hambres, pestes, invasiones de bárbaros y tantas espantosas calamidades como llenan la sombría historia de los siglos medios.

Mientras llega la luz eléctrica, ya me contentaría yo con que un modesto farol alumbrase de noche las calles de una centésima parte siquiera de nuestros pueblos durante las horas nocturnas que abandona al monstruo de las tinieblas la luna ausente; y tambien con que se atendiese un poco más á satisfacer otras necesidades locales de tantos pueblos pequeños, privados absolutamente de todo, siquiera fuese preciso para ello rebajar algo del magnífico programa de mejoras proyectado para Madrid.... Pero ¿qué digo?... desgraciadamente no será la ejecucion de esas mejoras lo que impida atender á otras necesidades mas apremiantes de la nacion. Esas mejoras, *proyectadas* están, y—¡ojalá me engañe!—pero Vds. verán como por muchos, muchos años todavia, *se quedan en proyecto*.

EUGENIO DE OCHOA.

LAS PESADUMBRES NO MATAN.

El pesar es un pólipo que se agarra á su presa, que la oprime pero no la mata

KOTZEBUE.

Felipe el Hermoso, heredero de María de Borgoña, se habia casado en 1495 con la infanta de España doña Juana, hija de Fernando el Católico y de la grande Isabel. Este fué

SEGUNDA SERIE.—1861.

el principio de la alianza que unió por mucho tiempo á los Países Bajos con la España. Este matrimonio habia sido mirado con algun disgusto en los estados de Felipe; sin embargo, le traía brillantes esperanzas, y Juana se enamoró tanto de su marido, que no era de ella de quien se debía tener recelo.

El 25 de febrero del año de 1500, parió un niño estando en un festin en Gante. Este niño fué Carlos V.

El segundo hijo de Felipe y de Juana, nacido tres años mas tarde, fué en lo sucesivo el emperador Fernando I.

Tuvo tambien muchas hijas que ocupan su lugar en la historia.

Habiendo muerto en 1504 Isabel la Católica, Felipe y Juana fueron proclamados rey y reina de Castilla, de Leon y de Toledo. Los pueblos de los Países Bajos, aunque orgullosos con el esplendor de sus soberanos, se alarmaron un poco al verlos con tantas coronas, y previeron con razon que desde entonces no les perteneceria todo entero Felipe.

Se exigió, en 1506, que fuese á España para tomar posesion de sus nuevos reinos. Su marcha, que él mismo retardó largo tiempo, se anunció bajo fatales auspicios. En efecto, en Burgos, de resultas de haber bebido un vaso de agua fria estando acalorado, cayó enfermo y murió al cabo de tres dias el 25 de diciembre de 1506, á la edad de veinte y ocho años.

Felipe el Hermoso se hallaba en todo el vigor de su edad, con una salud perfecta y una robusta constitucion. Al saberse en los Países Bajos esta muerte casi repentina, estuvo á punto de haber una sublevacion. Muchos propalaban, excitando la rebelion, que habia sido envenenado.

Nada bastaria á espresar el dolor y la desesperacion de la reina doña Juana, viuda de Felipe. Se alteró su razon, se turbaron sus facultades intelectuales y se debilitó su cabeza. No hacia mas que llorar en una horrible angustia.

Se hallaba en cinta. Veinte dias despues de la muerte del esposo que idolatraba parió una niña y al restablecerse del parto se estravió su razon. Un dolor sin medida se petrificó en cierto modo en aquella pobre reina. Era preciso arrancarla del féretro del rey. Vivía encerrada, no hablando ni queriendo ver á nadie. No pedia á Dios mas que la muerte. Reusó constantemente firmar despacho alguno, y la junta de estado se vió obligada á tomar acta de su negativa para dar las órdenes indispensables.

Los flamencos que habian acompañado á Felipe, fueron tan maltratados por los españoles que se vieron obligados á dirigirse á la reina. Los escuchó ésta por una ventanita con una rejilla, porque nadie se acercaba á ella de otro modo: oyó sus quejas y respondió, que no podia ocuparse de nada mas que de rezar por su marido.

Hallábase depositado el cuerpo de Felipe en la Cartuja de Miraflores. La reina fué allí una tarde, hizo abrir el ataúd apesar de cuantos la rodeaban, y que no pudieron resistir su cólera y convulsivos arrebatos. Permaneció mucho tiempo inmóvil, contemplando el cuerpo de aquel príncipe que tanto habia amado: despues, vertiendo un mar de lágrimas lo hizo colocar en un coche de luto que seguía al suyo y se puso en camino inmediatamente para pasear aquel cadáver por todas las iglesias y santuarios de Castilla.

Habia concebido, dicen, en su exaltada imaginacion la estraña idea de que á fuerza de oraciones podian resucitar los muertos. Caminaba á la cabeza de aquel fúnebre convoy,

AÑO XIX. 8.

envuelta ella misma en un gran paño funeral. La comitiva caminaba solo de noche al resplandor de las hachas, que en silencio llevaban hombres á pie y á caballo. Así recorrió las villas y las ciudades, parándose durante el día para hacer celebrar en la iglesia de cada pueblo el oficio de difuntos por sus capellanes. Al volver la noche volvía á ponerse en camino.

Celosa en vida de su esposo, como todas las personas débiles, conservaba los mismos celos aun despues de su muerte. Ninguna de sus damas la acompañaba en esta triste peregrinacion. Estaba prohibido severamente á toda muger acercarse al ataud. A estas circunstancias debe el que los historiadores la hayan dado el nombre de doña Juana *La Loca*.

Despues de largos paseos de este género, cuando el cuerpo de Felipe llegó á Granada, donde debía ser sepultado, y fué preciso renunciar á la esperanza de volverle la vida, fué necesario usar de la violencia para separarla de él. Doña Juana se metió en un antiguo castillo, obstinándose en no ver mas la luz, no queriendo habitar sino en los subterráneos mas sombríos, rehusando el comer y beber, y no tomando sino á fuerza de instancias los mas simples alimentos.

El rey de Aragon Fernando V, su padre, la vió en este estado, enterneciéndose hasta verter lágrimas. La decidió á que se retirase á Tordesillas, ciudad mas sana y alegre. Allí permaneció por todo el resto de sus días servida cual convenia á la primera reina del mundo; empero tambien la mas lúgubre que hubo jamás. Todos cuantos la servian iban constantemente vestidos de luto. Jamás se presentaba la reina sino cubierta de crespones, y el tiempo no secaba sus lágrimas. Solo al cabo de muchísimo tiempo logró disipar, ó mas bien dulcificar un poco y por algunos instantes, sus negros pesares. Algunas veces se llegó á conseguir hacerla comer delante de su córte. Raras veces salia á tomar el aire á un jardín, y pasaba las noches orando y llorando delante del retrato de su esposo.

Jamás quiso ver á estrangeros, ni oír hablar de cosas de este mundo. Suspiraba por el momento de reunirse á su Felipe. Este momento lo consiguió el 4 de abril de 1555, en el palacio de Tordesillas. Tenia setenta y seis años, y hacia cerca de cincuenta años que vivia llorando. Habia pasado cuarenta y nueve años en dolores tan profundos y en tan violenta desesperacion, que se hubiera podido creer que iba todos los días á morir: pero estos largos padecimientos parece que vienen á probar el adagio verdadero de que *las pesadumbres no matan*.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

ALTURA DE LOS PRINCIPALES SALTO DE AGUA Y CASCADAS DEL GLOBO.

Cascada de Gavarni (Pirineos), 411 metros.—Cascada de Stauhach (Suiza), 292.—Cascada de Riukan-Fossen (Noruega), 260.—Cascada de Seculejo (Pirineos), 260.—Cascada de Lulca (Suecia), 195.—Salto de Tuquendama (Colombia), 175.—Salto de Misour, (América Septentrional), 125.—Salto del rio Vanagre (Colombia), 120.—Salto de Grey (Escocia), 113.—Cascada de Pissa-Vaca (Suiza), 97.—Catarata

de la Marmora en Terni (Italia), 87.—Catarata de Montmorency (Canadá), 78.—Catarata de Ruihembach (Suiza), 65.—Salto del Niágara (Canadá), 48.—Catarata de Kakabika (América Septentrional), 40.—Catarata de Oyassack, 26.—Cascada del Rhin en Lauffen (Suiza), 20.—Gran cascada de Tívoli (Roma), 16.—Catarata de Oneroco (América Septentrional), 10.—Cascada del Mississipi en San Antonio, 3.—Cataratas del Nilo, 2.

Resulta, pues, que el mayor salto de agua existe en las fronteras de España, escediendo con mucho á los tan celebrados saltos del Niágara, del Nilo, y otros que tanta celebridad han adquirido, y que son el objeto de tantos viajes, y sobre que tanto se ha escrito.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

LOS ANGELES.

MISIONES EN COCHINCHINA—LA ESCALA DE JACOB—INVOCACION AL ANGEL DE LA GUARDA.

Hace algunos días que hallándome en casa de un personaje que acaba de llegar de Filipinas, donde ha desempeñado con honor y gloria para la nacion un alto cargo en el gobierno de aquellas islas, se hallaba un padre dominico, cuyo nombre no nos atrevemos á revelar por no ofender su modestia, el que es uno de los héroes de la fé que corren al martirio en aquellas regiones de Cochinchina y cuya sangre tan gloriosamente están vengando nuestras tropas en union de la escuadra francesa.

Giró la conversacion sobre las persecuciones de los annamitas al cristianismo y el celo de los misioneros españoles en aquellas inhospitalarias comarcas.

Preguntamos al hombre de Dios cual era su sistema mas eficaz para convertir á los infieles al cristianismo.

Nos respondió: Que el de presentarles nuestra Santa Religion por el lado poético y consolador. Me apodero del espíritu de los annamitas por su corazon y de su juicio por su imaginacion.

Con este motivo nos contó el padre misionero esta interesante historia.

Habia en Touranna una familia que me parecia muy dispuesta en favor de nuestras misiones. Aquellas buenas gentes me habian salvado dos veces de la cólera de los mandarines, y me tenian escondido en su casa estando en acecho día y noche para mi seguridad, regalándome con su thé y su mejor arroz y preparando mi evasion por todos los medios que estaban en su poder. Cref que me seria fácil apartarlos de su idolatria y les demostré su repugnante absurdo. Opuse á ella los sublimes dogmas del catolicismo y su moral tan dulce y tan pura fundada en la caridad divina y humana.

Me asombraba el no adelantar nada en sus convicciones y pedí fervorosamente á Dios me inspirase el medio de conquistar aquellas almas.

Dios me oyó, por medio de un niño y del modo mas asombroso y admirable.

Este niño era un vecino de la casa, de doce á trece años

queno tenia la menor nocion de la fé cristiana, y á quien por casualidad habian leído algunos capítulos de la Biblia, traducidos en annamita por un misionero agustino.

Contó un dia aquel niño á la hija de mis huéspedes la historia de Tobías y del ángel que lo acompañaba en sus viages.

—Yo sé una religion mas bonita que la vuestra, me dijo á la mañana siguiente aquella niña, ídolo de sus padres y llena de gracia é inteligencia: es la religion *que tiene ángeles*, continuó diciendo con el mayor entusiasmo. Si la supieseis bastante para enseñárnosla yo me encargo de hacérsela abrazar á toda mi familia.

Reconocí entonces el dedo de Dios que habia implorado y me apresuré á seguir su milagrosa indicacion.

—Sí, ciertamente, le respondí, sin otra explicacion puedo enseñaros la doctrina y la historia de los ángeles.

Formaron corro en rededor mio y espuse á mi auditorio, cuya atencion cautivaban mis palabras, todos los episodios angélicos de la Biblia y del Evangelio, desde la serpiente del Paraíso y el ángel salvador de Isaac hasta la vision de Judas Macabeo; desde el ángel de la anunciacion de María, hasta los que aparecen en el sepulcro de nuestro señor Jesucristo.

Nunca hasta entonces en mi vida de misionero habia obtenido un resultado igual: esta epopeya de maravillas tenia á la familia con la boca abierta suspendida de mis lábios, y todos exclamaron con trasporte cuando hube concluido de hablar: abjuramos de Annam y de los malos Genios por el Dios de quien son ministros los ángeles y que dá uno como guarda á cada una de sus criaturas.

—Entonces sois cristianos, amigos míos, exclamé abriéndoles los brazos, porque todo cuanto acabo de contaros no es mas que un capítulo de la religion de Jesucristo.

Les probé en los dias siguientes esto mismo, demostrándoles la verdad cuyo símbolo les habia indicado, y antes de un mes los bauticé á todos, no sin confiar á cada uno de ellos á su Ángel de Guarda.

Desde esta época el mismo medio me ha salido bien mas de doscientas veces, y no tengo colaboradores mas poderosos que los ángeles en mis trabajos apostólicos y mis conquistas en Cochinchina.

Esta sencilla anecdótica contada sin jactancia y con el espíritu de modestia que brilla en los santos misioneros, conmovió dulcemente nuestras almas.

¿Qué mas dulce en efecto que el nombre de los ángeles? ¿Qué mas maravilloso que la vida de los ángeles? ¿Ni qué mas consolador que el nombre de los ángeles?

Aparecen en la creacion, combaten á Luzbel, el padre de la mentira, y lo precipitan en el abismo. Confirmados desde entonces en la gracia, son los ministros del Altísimo. Bastante innumerables para poblar los cielos forman una misteriosa cadena entre Dios y los hombres.

Su gerarquía nos la reveló San Pablo al volver del cielo, donde fué arrebatado en éstasis, despues de su caída del caballo, cuando perseguía á los cristianos en el camino de Damasco. San Gregorio y San Agustín nos revelan los nombres sublimes de la milicia y coros celestiales: Angeles, Arcángeles, Virtudes, Potestades, Principados, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines.

Embajadores del Altísimo cerca de sus criaturas, son los precursores y los auxiliares de la redencion del mundo, la

esperanza de las almas arrepentidas, el sosten de las almas convertidas, la alegría de las almas fieles; y por un misterio que solo nos explicará la última manifestacion, asisten sin abandonar el cielo á nuestras reuniones y á nuestra soledad, á nuestras desventuras y á nuestras felicidades, porque el Evangelio mismo lo enseña, cada uno de nosotros tiene un ángel para su guarda con la mision de darnos sus inspiraciones y guiarnos sin encadenar jamás nuestro libre albedrío.

En una palabra, desde la creacion de nuestro globo hasta su disolucion, á la que presidirán tambien cuando vengan á despertar con el sonido de la trompeta á todo el género humano para llamarlo al juicio final, la historia de los ángeles es el cuadro animado y la flor mas esquisita de todas las Santas Escrituras.

Nuestros lectores podrán contemplar en el lindo grabado de la escala de Jacob, que les presentamos una especie de desfile de los ángeles del Antiguo Testamento.

«Habiendo salido Jacob de Bersabee, dice el sagrado testo, tomó el camino de Haaram, y habiendo llegado á un lugar solitario donde queria descansar despues de puesto es sol, tomó una de las piedras que allí se encontraban, y colocándola debajo de su cabeza, se durmió en aquel sitio.

«Y vió en sueños una escala, cuyo pie estaba colocado en la tierra, y cuyo extremo superior tocaba en el cielo. Los ángeles subian por un lado y bajaban por otro.

«Y Dios se hallaba como sentado en la escala, y decia.

«Yo soy el Señor, el Dios de Abraam, tu padre, y de Dios de Isaac. Yo te daré á tí y á tu raza la comarca en que duermes, y tu posteridad será numerosa como el polvo de la tierra, se dilatará al Occidente y al Oriente, al Septentrion y al Mediodía; y todas las naciones del universo, serán bendecidas en tí, y en AQUEL que saldrá de tu sangre; yo seré tu protector do quiera que lleves tus pasos, y te volveré á sacar á esta comarca y no te abandonaré hasta que haya tenido cumplimiento todo lo que he dicho.

«Despertándose Jacob, exclamó: «Verdaderamente está Dios en este lugar y yo no lo sabía.» Y añadió en su terror: «¿Qué terrible es este sitio, verdaderamente es la casa de Dios!

«Levantándose Jacob por la mañana, cogió la piedra sobre la que habia descansado su cabeza, y la erigió como un monumento, vertiendo en ella aceite. Despues dió el nombre de *Bether* á la ciudad inmediata, que antes se llamaba *Lúza*, é hizo al mismo tiempo este voto: «Si Dios permanece conmigo, si se digna protegerme en la senda por donde marchar, si me da pan para alimentarme, y vestidos para cubrirme, y si, en fin, me vuelve felizmente á la casa de mi padre, será mas que nunca mi Dios, y esta piedra que acabo de levantar como un monumento, se llamará la *Casa de Dios*, y os ofreceré, Señor, el diezmo de todo cuanto me hubiérais dado.»

En el Nuevo Testamento se ven tambien aparecer los ángeles en el nacimiento de Jesucristo, en el portal de Belén, en el huerto de las Olivas, en el Santo Sepulcro, y en la Ascension.

La Iglesia católica celebra con especiales festividades á los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.

En el día 1.º de marzo celebra la festividad del Ángel de la Guarda, ese invisible compañero, que al nacer cada uno de nosotros se desprende del trono del Eterno para ser

el compañero inseparable de nuestra vida, y que no torna á su patria celestial, hasta que, separada el alma de nuestro cuerpo, la acompaña hasta presentarla en el tribunal de Dios.

Al terminar este artículo no podemos menos de recordar una linda invocacion al Angel de la Guarda, escrita por uno de nuestros amigos, don Gregorio Romero Larrañaga.



El Angel de la Guarda.

En tí mi esperanza fundo;
Sin tí todo me acobarda:
Puro, arcángel de mi guarda,
¡Defiéndeme tú del mundo!

Jamás sus vanos placeres
Esciten ¡ay! mis antojos,
Jamás fascinen mis ojos
Los ojos de las mugeres.

Que cuestan penas y luto
Sus alegrías y amores,

Y dan tan hermosas flores
El desengaño por fruto.



La Escala de Jacob.

Desde hoy, desde este momento,
Arcángel mío, serás,

Quien solo merecerás
Vivir en mi pensamiento,

Poniendo á su santo amor
 Por hermosa compañía,
 El recuerdo de María
 Y la imagen del Señor.
 Puro, arcángel inmortal,
 En tí mi esperanza fundo.
 Guíame tú por el mundo
 Y líbrame de su mal!...

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

PERDER SUERTE Y NACIMIENTO

POR CUMPLIR UN JURAMENTO.

I.

LA CRIADA.

—No puedo tenerme en pie. ¡Es demasiado! ¡Me va á hacer morir de pena!

Esta exclamacion, cuyo acento anunciaba una mezcla de cólera y de dolor, era proferida por una muger de cierta edad, modestamente vestida, que parecia una doncella de buena casa.

Una jóven que trabajaba á su lado, cerca de una ventana, se levantó alarmada y diciendo:

—¡Dios mío! ¿Qué teneis, madre mia?

—¿Que qué tengo! Lo que tengo todos los dias. Isela desconoce mis servicios: es dura, altiva, desdenosa conmigo, ¡conmigo, su nodriza!

—Pero, madre mia, la señorita os quiere, tenemos buenos amos.

—Acabo de peinarla; no me ha dirigido ni una palabra... He querido decirle una espresion de cariño, y no la ha escuchado.... Únicamente al salir con el corazon oprimido, me ha llamado y me ha dicho: «Ana, necesito mi vestido de crespon para esta noche; decid á Lorenza que me lo traiga.»

—Aquí está..... Estoy poniéndole el último lazo..... Pero, madre, yo no veo lo que ha podido afligiros...

—Te digo que todo. ¿No soy yo su nodriza? ¿No deberia amarme, acariciarme?... Jamás piensa en mí.

—Pero, mi querida madre, respondió la jóven poniéndose de rodillas cerca de la doncella, cuyos suspiros y sollozos revelaban un dolor demasiado largo tiempo contenido; yo jamás he notado que la señorita Isela os haya faltado á las consideraciones que os debe; y en todo caso, ella no es mas que vuestra hija de leche, y yo soy vuestra hija: yo os amo..... sois todo para mí; y si no dais gusto á la condesa, podremos marcharnos á otra parte..... Trabajaré, no os faltará nada, y nada me faltará á mí en tanto que esté á vuestro lado.

Mientras que así hablaba con una voz conmovida y dulce, la doncella fijaba una larga mirada sobre aquella hermosa cabeza, inclinada sobre su pecho; empero en aquella mirada no habia ni calor ni ternura, estaba ausente de ella el alma; el alma vagaba por otra parte..... Se desprendió lentamente de las manos de Lorenza, se levantó y le dijo:

—Tú no puedes comprender lo que es la ternura de una

nodriza para la criatura que ha mecido en sus rodillas y ha alimentado con su leche ¡Nadie lo sabe! ¡Ah, si Isela quisiese!...

Callóse: Lorenza volvió á sentarse suspirando, y acabó de arreglar el vestido de crespon de rosa. Cuando hubo pegado el último lazo, miró á su madre, y dijo tímidamente:

—Voy á llevarlo á la señorita.

—No: dijo Ana, dámelo, yo iré.

Miró el vestido con atencion; quitó cuidadosamente los filachos de seda encarnada que habia en la tela: ahuecó los volantes y salió con aire ligero y apresurado.

Lorenza volvió á sentarse en su lugar acostumbrado; tomó otra labor, pero no pudo meter la aguja, sus ojos se llenaban de lágrimas; su corazon rebosaba de dolor; y con la frente en las manos, repetía desde el fondo de su alma:

—¡Dios mío! ¿por qué no me ama mi madre? ¡Ah! ¡Si me amase cual ama á Isela! Yo soy su hija; tambien ella me ha criado, ¡y sin embargo no piensa en mí!

Revelaban estas palabras el pensamiento continuo, el incesante pesar de Lorenza. No tenia mas parientes que su madre; la amaba con toda la fuerza del deber, con todo el calor de su alma, expansiva y juvenil.

Sentia tambien un vivo afecto por Isela, su hermana de leche, la compañera de los juegos de su infancia; y un respetuoso y tierno reconocimiento por el conde y la condesa de Breat, sus amos y protectores.

Sus afectos puros, sus inocentes pensamientos no salian de este círculo, que era su universo, y no pedia mas á la vida que el amor de su madre, y la constante benevolencia de Isela y de sus parientes. Pero Ana no parecia comprender de ninguna manera el corazon y la ternura de su hija. Sombria, meditabunda, inquieta, no parecia preocupada sino del servicio de Isela, á la que se hallaba especialmente dedicada; una sonrisa, una palabra, una mirada de aquella jóven bastaban para turbarla, y destruian de concierto su alma y sus facciones; y poco á poco la existencia y los tormentos de aquel extraño afecto habian cansado á la que era objeto de ellas.

Lorenza se hubiera reputado feliz con obtener la menor parte en aquel amor que su madre derramaba sobre otra; pero eran vanas sus aspiraciones. Mostrábase siempre su madre con ella fria, reservada, silenciosa, sin expansion y sin caricias, y aun parecia que los besos de su hija no despertaban en su corazon sino un sentimiento inexplicable y penoso. Rechazada así por la sola alma que ella hubiera buscado por refugio, Lorenza se habia formado una vida aparte, vida de trabajo, de oracion, de reflexion; se habia engrandecido y fortificado su alma en la soledad; y aunque no hubiese recibido mucha instruccion, su alma se habia iluminado por la lectura asidua y constante de algunos buenos libros; y en este comercio habitual con Dios y con los grandes génios que ha honrado el mundo, se habia hecho capaz de toda la abnegacion y de todos los sacrificios.

II.

LA MUERTE.

Han pasado muchos meses: el palacio de Breat se hallaba silencioso; una sola ventana tenia luz; era la de la alcoba de Ana, la doncella, enferma hacia seis semanas, y

cuyo estado no dejaba la menor esperanza de vida. Velaba Lorenza á la cabecera de su cama; alarmada y desolada, tenia sus ojos clavados sobre el rostro pálido de su madre, que en aquel momento parecia ligeramente adormecida; empero los inquietos cuidados que habian pesado sobre su vida, velaban todavia en ella; sus cejas arqueadas, su boca contraida, las gotas de sudor que caian de sus descarnadas sienes, descubrian el sufrimiento físico y los padecimientos morales. No disfrutaba de reposo en el reposo mismo; y Lorenza contemplaba con un dolor, mezclado de algun terror, aquella frente moribunda, en que se pintaban todavia tantas tempestades.

En fin, algunos movimientos convulsivos anunciaron el despertar, y un sordo gemido mostró que la enferma habia vuelto á entrar en posesion de sus dolores.

—¡Dios mio! suspiró. ¡Cuánto padezco! ¡Siento fuego en las entrañas! E Isela ¿dónde está?

Lorenza se aproximó tímidamente, llevando en la mano una taza con un calmanle.

—Déjame, dijo la madre: eso no me servirá de nada.... Isela es lo que necesito. ¡Ah! Si Isela estuviese aquí....

—Madre, sabeis que la señorita está en Italia.... Tratad de curaros pronto, para recibirla á su vuelta.

—¡Curarme! ¿Me curaré?

A esta pregunta corrieron las lágrimas de Lorenza, sin que pudiera contenerlas, y llevaron una repentina luz al alma de su madre.

—¡Debo morir! ¡Voy á morir! ¡Ha llegado el momento! Morir y comparecer delante de Dios....

Repitió muchas veces estas palabras con una indecible espresion de terror; sus facciones se descomponian; sus ojos vagaban en derredor de la cama asustados, extraviados; y deteniéndose en fin, sobre Lorenza, que estaba de rodillas, la moribunda la dijo:

—No puedo hablar, no puedo.... pero tráeme la caja negra....

Obedeció maquinalmente Lorenza. La caja negra era un cofrecito de cuero, que habia servido de neceser en otro tiempo, y cuya llave jamás salia del bolsillo ó de debajo de la almohada de Ana. Cogiola con esfuerzo de debajo de su almohada; abrió con mano trémula el cofrecillo, y sacó un papel amarillento.

—Lee, dijo á Lorenza; tú debes...

No pudo terminar, y perdió el conocimiento. Llamó Lorenza á las demás criadas de la casa. Empleáronse los medios mas enérgicos, largo tiempo sin éxito; en fin, á las convulsiones espasmódicas, siguió un completo aplanamiento, que parecia un sueño ó la muerte. El médico dijo á Lorenza, cuyas desoladas miradas le preguntaban:

—Cuando salga vuestra madre de este estado de sopor, serán contadas sus horas; si tiene algo que arreglar es preciso que piense en ello.

Salió, y Lorenza permaneció sola cerca de aquel teatro de agonía. Largo tiempo lloró y oró; pero al fin su memoria le recordó aquel papel que su madre queria que leyese y llevada del deseo de obedecerla por última vez, se puso á buscar la caja negra. La encontró sobre la cama misma donde habia quedado, y cogió de ella el papel.... Encerraba algunos renglones escritos en caracteres inciertos y vacilantes, pero que Lorenza reconoció sin embargo; era la letra de su padre.

«Al señor conde y á la señora condesa de Breat.

«Mis queridos y respetados amos y señores: En el momento de morir me obliga mi conciencia á haceros una confesion muy terrible para mí. Isela no es vuestra hija, sino la nuestra. Lorenza es vuestra hija verdadera. Mi muger, aprovechando vuestro largo viage á Bretaña, en la época que criaba estas dos criaturas, que tenian cierta semejanza, ha sustituido nuestra hija á la vuestra, con el designio de hacerla rica y feliz. Yo he caido en pecado por debilidad; pero este crimen me ha hecho miserable entre los miserables. Escribo al menos esta declaracion en mi lecho de muerte, y ruego y conjuro á mi muger que os la entregue, y repare nuestra comun falta. Perdonad, mis muy queridos amos, á un desgraciado criminal, y no abandonéis su hija, que por tan largo tiempo habeis llamado la vuestra.

«Juro ante Dios que he dicho la verdad.»

«FELIPE LEFEBRE.»

Lorenza habia leído de una sola ojeada. Palpitante fuera de sí, exclamó:

—¿Será esto verdad? ¡Que! ¿Tendré yo tal padre y tal madre? Pero, ¿es esto verdad? ¿Es verosímil? ¿Me hubiera engañado mi madre? Pero ¿quién es mi madre?

Perdíanse sus ideas; todos los sentimientos de su alma se hallaban trastornados. Un movimiento confuso la arrastraba ya hácia aquel padre y aquella madre que acababan de designar á su amor, y los recuerdos de toda una vida, los imperiosos afectos del corazón, la volvian á atraer hácia aquella desgraciada muger, á quien por tan largo tiempo habia profesado un culto filial.

—¡Dios mio, exclamó en su angustia, iluminadme, dirigidme!

Un sordo gemido respondió á su oracion. Ana habia salido de su sueño. Sus ojos, dónde se concentraba un resto de vida, hallábanse clavados sobre el papel que Lorenza tenia todavia en los manos, é inarticuladas quejas salieron de su pecho.

—¿Has leído? le dijo al fin.

Lanzóse sobre ella Lorenza, y exclamó:

—¿Dice verdad esta carta?

—La verdad: tanta verdad, como Dios está en los cielos: respondió la moribunda, y volvió á caer aterrada por aquella suprema confesion. La señal que llevas en el hombro te hará reconocer de tu madre.

Lorenza no pudo hablar. Hallábase abismada con aquella revelacion, y su alma generosa tenia compasion del crimen y de la humillacion de aquella á quien durante veinte años habia venerado como madre.

Ana de Lefebre recobró la palabra con voz desfalleciente.

—¿Qué vais á hacer? ¿Despedirfais á Isela? ¿La echarian de casa? ¿Quedaré pobre, abandonada? ¿No habrán servido de nada mi falta y mis pesares?

—¡Oh! exclamó Lorenza inclinándose hácia ella, y estrechándola en sus brazos; no hableis así, no temais nada por Isela; pero pensad en vos misma, reconciliaos con Dios, que está dispuesto á perdonaros; permitid que haga venir un sacerdote. ¡Ah! no os negueis á ello.

—¡No, respondió la moribunda, no puedo pensar en Dios, no puedo pensar mas que en mi hija! ¡Oh! ¿por qué

habré hablado? ¿Por qué no habré muerto con mi secreto?

—¡Dios no lo ha querido! dijo Lorenza con voz grave: ha querido que recibieseis su perdón y el mío; ¡Madre mía, no sabré daros otro nombre, no rechaceis la misericordia del Señor!

Y hablaba así con las manos juntas y los ojos inundados de llanto, semejante á un ángel de paz, al lado de aquel lecho de desesperación y de agonía. Empero ella nada oía; las violentas pasiones que habían agitado á Ana durante su vida, turbaban sus últimos instantes. Su amor maternal, que nada había satisfecho, la envidia, la ambición, á las que había inmolado su conciencia, cubrían con un velo á sus ojos el juicio de Dios, y la temible próxima eternidad.

—¡Oh, Dios mío, dijo Lorenza, ha de morir así!

Al suspirar estas palabras encontraron sus ojos un crucifijo, esa interesante imagen del sacrificio de sí propio, y una voz secreta agitó todas las fibras de su alma. Obedeció á aquel divino y misterioso ascendiente, y aproximándose á la moribunda, cuyos últimos esfuerzos se gastaban en aquella terrible lucha, la dijo:

—Madre mía, estad en paz: Isela no quedará despojada; guardaré un eterno silencio sobre lo que acabais de revelarme; lo juro sobre este crucifijo.

—¿Harás eso?

—Sí, lo juro; pero reconciliaos con Dios.

—¡Ah, Lorenza! dijo la moribunda vencida, no puedo más que obedeceros. ¿Qué más haría Dios? ¡tú eres un ángel, y yo una miserable!....

Algunos días después, Ana, absuelta de todos sus pecados, purificada por la maravillosa fuerza de los sacramentos, espiraba en paz en los brazos de Lorenza, murmurando el nombre de Isela.

La joven quiso sola velar el cadáver. Oró largo tiempo; después se sentó, y consideró en silencio aquel rostro, sobre el que la muerte había estendido su severa tranquilidad, y se dijo para sí misma:

—Duerme en paz: cumpliré mi promesa, y tu hija conservará los bienes de esa familia, que tan cara le habeis comprado. ¡Oh padre! ¡Oh madre! Jamás sabreis el doloroso sacrificio que hago. Moriré sin que se sepa cuánto he amado, cuánto he sufrido. ¡Gran Dios! Yo os ofrezco los combates de mi corazón por ella, á fin de que descanse en paz; por aquellos que viven tan largo tiempo felices con su hija, con su Isela.

III.

EL COMBATE.

Indecisa sobre su posición Lorenza, no había abandonado la casa de los condes de Breat. Deseaba antes que todo, y lo deseaba con pasión, volver á ver á sus padres, abrazar á Isela, que amaba como el que ama á aquellos por quienes se hace un gran servicio, y dilataba á lo más tarde posible sus últimas resoluciones. Pasó el otoño, y en los primeros días de noviembre volvió la familia de Italia. Lorenza se deshizo en sollozos cuando la buena señora condesa de Breat, enternecida á la vista de sus vestidos de luto, la estrechó en sus brazos, repitiendo:

—¡Pobre Lorenza!

El conde la cogió de la mano y la dijo:

—Hija mía, no os separéis de nosotros; cuidaremos de tí.

Isela la abrazó cariñosamente, y vertiendo algunas lágrimas en recuerdo de su nodriza, ningún otro sentimiento de amargura turbó para Lorenza la alegría profunda y melancólica de aquel primer instante.

Volvió á tomar sus habituales ocupaciones, y encontró en ellas alguna alegría. Servir á sus padres no le costaba nada; tenía una satisfacción pura en llenarlos de atenciones, trabajar para ellos, y anticiparse á sus deseos. Una palabra de cariño pagaba sus cuidados, y durante algunas semanas creyó que bastaría á su felicidad ver lo que amaba, y entrar por algo en el edificio de su felicidad y de su dicha interior.

Fuera de los momentos que pasaba al lado de la condesa y de Isela, vivía sola, retirada del contacto de los demás criados; poco á poco esta soledad permanente la hizo rendir su pecho. La soledad no es buena, sino con Dios, y la viudez del corazón no es soportable sino cuando se han colocado sus amores y sus angustias en el cielo. Padecía lo que no es decible al verse en tan duro aislamiento; lloró largas noches viéndose sola, siempre sola y representándose á Isela entre sus padres, colmada por ellos de amor y de testimonios de afecto. Miraba desde la ventana de su cuartito las ventanas brillantemente iluminadas del salón de familia, oía de lejos los acentos del piano, la ligera voz de Isela. Algunas veces una carcajada llegaba hasta su oído, y un secreto sentimiento traspasaba su corazón.

—¡Oh! si yo pudiese hablar, se decía así misma, yo no despediría á Isela, pero ocuparía su lugar; al lado de ella podría ser también amada.

Persegüenla por todas partes estos pensamientos y las menores circunstancias los hacían mas punzantes y penosos. Un día Isela la hizo llamar: aquella noche Isela iba al baile, y deseaba que Lorenza, que tenía habilidad y gusto, la ayudase á peinarse. Lorenza desató las largas trenzas de los cabellos de su hermana de leche y se puso á arreglarlos con cuidado. De tiempo en tiempo echaba una ojeada hacia el inmenso espejo, delante del que Isela se hallaba sentada, á fin de juzgar mejor su trabajo. Pero poco á poco su atención y sus miradas se fijaron en otro objeto; en la pared de la alcoba, detrás de ella, se levantaba un gran retrato, que reflejaba también en el espejo, con una magia singular. Aquel retrato pintado por Mignan, representaba una de las abuelas del conde de Breat, que había sido aya de la duquesa de Borgoña. Llevaba el severo y magnífico traje del siglo XIV que realzaba todavía su altiva y delicada belleza. Veía Lorenza aquella imagen, que el arte del pintor había hecho viva, colocada entre ella é Isela, y por la primera vez le chocó la semejanza de sus facciones con las de la dama de honor. Era el mismo perfil, fino y particular; las mismas cejas negras con la misma curva; los mismos ojos negros y aterciopelados; la misma expresión de serena dignidad. Isela rubia, con ojos negros, era muy linda, pero no tenía aquella fiereza, aquella grandeza que se veía en la frente de su abuela, y que venía, cual noble herencia á pintarse en el rostro de Lorenza.

—Es mi abuela, soy de la misma raza, se dijo para sí la joven, y un orgullo involuntario hizo hervir su sangre.

—¡Dios mío, que torpe estás hoy, Lorenza! Mira esta trenza, dijo Isela con mas viveza que de costumbre.